

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

EL EJEMPLO DE LOS PASTORCILLOS



(Los tres pequeños pastorcillos rezando en Cova da Iría)

CUADERNOS DE FORMACIÓN

SERIE “APARICIONES DE LA VIRGEN EN FÁTIMA” Nº 2

Capítulo 1.- El amor al Santo Padre

Después de la última aparición de Octubre y el milagro del sol los tres pequeños videntes eran acosados continuamente por todo tipo de personas, venidas de todos los lugares posibles. Todos querían hablar con ellos, preguntarles, pedirles oraciones.... Algunos interrogatorios les eran especialmente molestos, porque se los hacían personas no creyentes que querían pillarlos en alguna contradicción.

En general también les eran molestos los interrogatorios de los sacerdotes: muchos no les creían y los liaban con preguntas complicadas. Otros sacerdotes, en cambio, percibiendo la autenticidad de los pequeños, les enseñaban a vivir mejor la vida cristiana. El párroco de Olival les mostró la manera de hacer pequeños sacrificios al Señor:

-Si os apetece comer una cosa, hijitos míos, la dejáis y en su lugar coméis otra, y ofrecéis a Dios un sacrificio; si os apetece jugar, no juguéis, y ofrecéis a Dios otro sacrificio; si os interrogan y no os podéis excusar, es Dios que así lo quiere; ofrecedle también este sacrificio...

Otro sacerdote les enseñó la manera de rezar pequeñas oraciones breves durante todo el día, dichas más con el corazón que con los labios, para convertir todos los momentos en una oración. A Jacinta le gustaron especialmente dos: "¡Oh, mi Jesús, yo te amo!" y "Dulce Corazón de María, sé mi salvación". A veces, después de decirla, comentaba a Lucia:

-¡Amo tanto al Inmaculado Corazón de María! Es el Corazón de nuestra Madrecita del Cielo. ¿A ti no te agrada mucho decir continuamente: "Dulce Corazón de María, Inmaculado Corazón de María"?. A mi me agrada tanto, tanto....

Un día, antes de la aparición de Agosto, unos sacerdotes hablaron con los pequeños y les recomendaron que rezasen por el Santo Padre, por el Papa. Los niños ya habían oído hablar de esta figura por el secreto del 13 de Julio y pidieron a los sacerdotes que les explicasen quién era. Les explicaron que el Santo Padre era quien hacía las veces de Jesús en la Iglesia, y que hay que estar unido a él en cuestiones de fe y de moral como garantía de que obedecemos a Dios.

Desde ese día sintieron un amor cada vez mayor hacia el Papa. Jacinta propuso que en el ofrecimiento de sacrificios se le nombrara. De tal manera que cada vez que hacían un sacrificio decían:

-¡Oh mi Jesús!, es por tu amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María ^{Nota 1}.

Tras el clamoroso milagro del sol (en toda Portugal se hablaba de ello) los masones vieron peligrar su propaganda atea. Los periódicos no eran suficientes para detener aquel despertar de la fe. Decidieron emplear métodos más duros.

En la noche del 22 al 23 de Octubre, cuando no habían pasado ni diez días desde el milagro, una banda de desaprensivos, con una camioneta, fueron a Cova da Iria y tiraron todo lo que el pueblo sencillo había levantado en el santo lugar: una mesa y un poste con arcos... Asimismo se llevaron las cruces, lámparas y jarrones que estaban allí. También arrancaron de cuajo la carrasca de las apariciones, atando una cuerda a su alrededor y tirando con el vehículo. Cuando a la mañana siguiente Lucia escuchó lo ocurrido tembló de espanto: "Allá fui corriendo, para ver si era verdad. Pero cual no sería mi alegría al ver que los pobres hombres se habían equivocado y en vez de la carrasca auténtica habían arrancado una de las colindantes. Pedí entonces a Nuestra Señora perdón para aquellos pobres hombres y recé por su conversión."

Mientras, aquellos ladrones organizaron una procesión blasfema y burlesca con los objetos robados. No quedó ahí la cosa: para el día 1 de Diciembre organizaron un "Congreso de propaganda y protesta contra las agitaciones clericales". Debía celebrarse en Fátima, justo a la salida de la Santa Misa. Iba a ser un ataque destructivo contra las "falsas apariciones de la Cova da Iria". Pero el párroco fue más inteligente: ese día trasladó la celebración de la Santa Misa a otro pueblo. Cuando las autoridades masonas llegaron se encontraron con un auditorio de... ¡seis personas!. Viendo lo ocurrido decidieron trasladarse a Cova da Iria. Pero un vecino (que lo sospechaba) se les había adelantado, y había llenado el lugar con burros de los vecinos atados a los árboles. Cuando llegaron los masones se les ingenió para que todos los burros empezasen a rebuznar a la vez.

Este tipo de polémicas se fueron repitiendo durante estos meses. A pesar de los esfuerzos de las autoridades cada vez era más evidente que el pueblo apoyaba a los niños, a la fe y a la Virgen.

Capítulo 2.- Van a la escuela

Como los rebaños habían sido vendidos los niños se pasaban el día entero, prácticamente, recibiendo visitas. Aquello les agotaba y les cansaba. A las familias se les ocurrió una idea genial para evitarlo: ¿por qué no enviarlos a la escuela? ¿No había pedido la Virgen que aprendieran a leer?

Dicho y hecho: los tres primitos pronto se presentaron en las aulas. Francisco y Jacinta se entusiasmaron sobre todo con el aprendizaje del catecismo. Así podrían hacer la primera comunión. En el resto de asignaturas apenas avanzaron: eran conscientes de que en breve irían al Cielo.

En los recreos, mientras los demás chiquillos jugaban, ellos iban a rezar ante el sagrario. Los que querían preguntarles iban allí mismo para hablar con ellos. Jacinta comentaba: -Parece que lo adivinan. En cuanto entra una en la Iglesia hay ya mucha gente para hacernos preguntas. A mi me gustaría estar mucho tiempo sola, hablando con Jesús escondido, pero no me dejan.

Quien más cariño le cogió a las visitas al sagrario fue Francisco. Cuando iba a la escuela, al llegar, le decía a Lucia:

-Ahora tú vas a la escuela. Yo me quedo aquí, en la Iglesia, junto a Jesús escondido. No vale la pena que aprenda a leer pues dentro de poco me voy al Cielo. Cuando volváis pasad por aquí a llamarme.

Y así era: a la salida de la escuela lo encontraban en un rincón de la Iglesia, muy quieto, cerca del altar, rezando.

Un día, al salir de sus respectivas casas, Lucia notó que su primito iba muy despacio.

-¿Qué tienes? Parece que no puedes andar.

-Me duele mucho la cabeza y me parece que me voy a caer.

-Entonces no vengas; quédate en casa.

-No. Prefiero quedarme en la Iglesia con Jesús escondido mientras tú te vas a la escuela.

Estos esfuerzos por estar junto a Él agradaban mucho a Dios que, en recompensa a la fidelidad y confianza de Francisco, solía concederle lo que pedía.

Un día la hermana de Lucia, Teresa, le habló de un muchacho que había sido detenido por algo que no había hecho. No podía demostrar su inocencia y sólo quedaban dos

alternativas: o la prisión o el destierro. Lucia les contó el caso a sus primos mientras iban a la escuela. Francisco les dijo:

-Mientras vais a la escuela yo me quedo aquí con Jesús escondido y le pido eso.

Cuando salieron y fueron a llamarle Lucia le preguntó:

-¿Pediste aquella gracia a Nuestra Señora?

-Sí. Dile a tu hermana Teresa que de aquí a pocos días vuelve a casa.

Y así fue: el muchacho quedó libre.

Los tres videntes experimentaron una fuerte transformación espiritual que les llevó a vivir una vida cristiana más plena y más rica. Las enseñanzas de la Virgen, la gracia de Dios y sus esfuerzos personales fueron, poco a poco, librándolos de sus imperfecciones y acercándolos a la santidad. Su vida se convirtió en un auténtico ejemplo para todos los creyentes. Vamos a ver algunos rasgos característicos de Francisco y Jacinta que nos pueden ayudar a vivir con más fervor nuestra propia vida de fe ^{Nota 2}.



Lucia

Francisco

Jacinta

Fotografía de Octubre de 1917, algunos días antes de la última aparición

Capítulo 3.- Francisco, ideal de santidad

LA TRISTEZA DE DIOS

En las dos primeras apariciones la Virgen, abriendo las manos, les había mostrado una gran luz que no era sino el propio Dios. A Francisco esta experiencia mística le impresionó y le marcó profundamente. En esa luz él había percibido algo que luego sería clave para su vida espiritual: había percibido la tristeza de Dios. ¿Tristeza por qué? Por los muchos pecados que se cometen. El ser humano rechaza continuamente el amor inmenso de Dios haciendo lo que a Él le desagrada. Esto provoca una profunda tristeza en el Señor, tristeza que Francisco notó y sintió ^{Nota 3}.

Justo después de la primera aparición le dijo a Lucia:

-Me gustó mucho ver al Ángel, pero más me gustó Nuestra Señora. Y lo que más me gustó de todo fue ver a Nuestro Señor en aquella luz que Ella nos metió en el pecho. ¡Quiero tanto a Dios! Pero Él está tan triste a causa de tantos pecados. Nunca debemos cometer ninguno.

Cuando Lucia sufría persecuciones en su casa y se mostraba descontenta por ello Francisco le decía:

-Déjalo. ¿No dijo Nuestra Señora que íbamos a sufrir mucho para reparar a Nuestro Señor y a su Inmaculado Corazón de tantos pecados con que son ofendidos? ¡Ellos están tan tristes! Si con estos sufrimientos podemos consolarlos, ya quedamos contentos.

“En la tercera aparición -escribe Lucia-, Francisco parece que fue el que menos se impresionó con la vista del Infierno... lo que más le impresionaba o absorbía era Dios, la Santísima Trinidad, en esa luz inmensa que nos penetraba en lo más íntimo del alma. Después decía:

-Estábamos ardiendo en aquella luz y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? ¿No se puede decir?... Esto si que no se puede decir jamás. Da pena que esté tan triste. Si yo le pudiese consolar...”

Consolar al Señor se convirtió en la tarea principal de su vida. ¡Un Dios tan misericordioso y tan ingratamente tratado por los pecadores! Cuando tras la quinta aparición Lucia le anunció que en la sexta vendría el Señor se entusiasmó. De vez en cuando preguntaba:

-¿Aún faltan muchos días para el día 13? Estoy ansioso que venga para ver otra vez a Nuestro Señor.

Después pensaba un poco y decía:

-Pero, ¡escucha! ¿Él todavía está tan triste? Tengo tanta pena de que esté así tan triste. Le ofrezco todos los sacrificios que puedo hacer. A veces, ya no huyo de esa gente (los que venían a interrogarles) para hacer sacrificios.

Pasada ya la última aparición Lucia le preguntó:

-Francisco, ¿tú de qué gustas más, de consolar a Nuestro Señor o de convertir a los pecadores para que no vayan más almas al Infierno?

-Me gusta más consolar a Nuestro Señor. ¿No te fijaste como Nuestra Señora, en el último mes, se puso tan triste cuando dijo que no se ofendiese más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido? Yo quiero consolar a Nuestro Señor y después convertir a los pecadores para que no le ofendan más.

ALMA CONTEMPLATIVA

A Francisco le gustaba mucho rezar en solitario. Sin duda alguna hizo grandes progresos en los caminos de la oración. “De vez en cuando -narra Lucia- se apartaba de nosotras disimuladamente. Cuando le echábamos en falta nos poníamos a buscarlo llamándole. Entonces nos respondía desde alguna pared, o de una mata o arbusto, donde estaba de rodillas rezando.

-¿Por qué no nos lo dices para que recemos contigo? -le preguntábamos a veces
-Porque me gusta más rezar solito, para pensar y consolar a Nuestro Señor, que está tan triste...”

Un día se subió a lo alto de un peñasco: ⁵

-No vengáis aquí, dejadme estar solo.

Lucia y Jacinta se pusieron, pues, a hacer otras cosas. Llegada la hora de la merienda lo echaron en falta y fueron a llamarlo:

-Francisco, ¿no quieres venir a merendar?

-No, comed vosotras.

-Y, ¿a rezar el Rosario?

-A rezar después voy; volved a llamarme.

Cuando volvieron a llamarle les invitó a subir donde él estaba. Subieron a lo alto del peñasco: apenas cabían los tres de rodillas.

-¿Pero qué estás haciendo aquí tanto tiempo? -le pregunto Lucia.

-Estoy pensando en Dios que está tan triste por tantos pecados. ¡Si yo pudiera darle alegría!

Su oración favorita era el Rosario. Lo rezaba varias veces al día. A veces se separaba de sus compañeras. Si le preguntaban qué hacía él levantaba la mano y les mostraba el Rosario. Si le decían que fuese a jugar, que después lo rezarían los tres juntos, respondía:

-Después también rezo. ¿No te acuerdas que Nuestra Señora dijo que tenía que rezar muchos Rosarios?

FORTALEZA ANTE EL PECADO

Precisamente por su gran deseo de consolar a Dios Francisco mostró una gran fortaleza en rechazar todo pecado que podía entristecerlo. En este tema no se dejaba llevar ni por las circunstancias ni por el ambiente: si se trataba de ofender a Dios, aunque fuera mínimamente, sabía mostrarse firme y no cedía cobardemente como hacen tantas personas.

Era costumbre que durante el carnaval las niñas hicieran fiestas y comilonas casi todos los días. El último día se lo pasaban comiendo y bailando hasta altas horas de la noche, con el peligro de ofender en muchas cosas a Dios. En el carnaval de 1918 invitaron a Lucia a las fiestas y ella, por cobardía y no saber decir que no, aceptó. Pero cuando se lo comentó a Francisco éste reaccionó con seriedad:

-¿Y tú vuelves a esas comilonas y bailes? ¿Ya olvidaste que prometimos no volver a hacer nunca eso?

No se volvió a hablar del asunto. Lucia no fue y además consiguió que sus amigas fueran a buscarla los Domingos por la tarde para rezar juntas el Rosario.

Francisco no se dejaba engañar por nada ni por nadie. Un día volvían los tres de dar un paseo. “Al regresar a casa -recuerda Lucia- la encontramos llena de gente. Una pobre mujer,

junto una mesa, fingía que bendecía numerosos objetos de piedad: rosarios, medallas, crucifijos, etc... Jacinta y yo estábamos enseguida rodeadas de numerosas personas que nos querían interrogar. Francisco fue requerido por esta mujer de las bendiciones, que le invitó a ayudarla.

-Yo no puedo bendecir -respondió serio-; y usted tampoco. Sólo lo pueden los señores curas. La frase del pequeño se difundió inmediatamente por entre la muchedumbre como por medio de algún altavoz y la pobre mujer tuvo que retirarse inmediatamente entre los insultos de los que le exigían los objetos que acababan de entregarle”.

Uno de los pecados que más temía era la mentira. Le causaba auténtico horror. Por eso no le gustaba que le preguntaran. Temía equivocarse, decir mentiras o revelar algo del secreto. Un día Lucia le preguntó: ⁶

-¿Por qué cuando te preguntan bajas la cabeza y no quieres responder?

-Porque antes quiero que lo digas tú o Jacinta. Yo no oí nada. Solo puedo decir que sí, que vi.



Jacinta

Lucia

Francisco

Capítulo 4.- Jacinta, florecilla de Dios

JACINTA, REFLEJO DE DIOS

“Jacinta -dice la propia Lucia- fue, según me parece, a la que la Santísima Virgen le comunicó mayor abundancia de gracias y conocimiento de Dios y de las virtudes... tenía un porte siempre serio, modesto y amable, que parecía reflejar la presencia de Dios en todos sus actos, propio de personas ya avanzadas en edad y de gran virtud. No le vi nunca aquella excesiva ligereza o entusiasmo, propio de las niñas, por los adornos o juegos. Esto después de las apariciones que antes era el número uno de entusiasmo y capricho... Si en su presencia algún niño, o incluso personas mayores, decían cualquier cosa o hacían algo menos conveniente, las reprendía diciendo:

-No hagan eso que ofende a Dios Nuestro Señor, que está ya muy ofendido.

Ocurría entonces, de ordinario, que se burlaban llamándola beata, santurrón, o cosas semejantes. Ella miraba con cierta severidad y, sin decir palabra, se alejaba...”

El sacerdote Formigao, que la interrogó varias veces y la conocía bien, la juzga así: “Era particularmente caprichosa, desobediente, susceptible... Pues bien, las apariciones de Nuestra Señora, sobre todo la belleza de la Señora, fascinaron a la angélica Jacinta. Y con esta luz sobrenatural, comenzó a operarse en la pequeña una evolución”

Lucia nos dice que junto a ella sentía “lo que se siente junto a una persona santa que en todo parece comunicarse con Dios”. Y no era la única. Todo el que se acercaba notaba algo divino. Un día, estando en una casa llena de gente, a Jacinta le entró sueño. Se puso a su disposición una cama. Poco después llegó todavía más gente. En el deseo de verla para hablar con ella se acercaron a ver si ya estaba despierta. Quedaron admirados al verla dormir profundamente, con su sonrisa en los labios, un aire angelical y sus manitas juntas. El cuarto se llenó enseguida de curiosos. Todos querían verla y costaba que unos saliesen para entrar otros. La dueña de la casa y sus sobrinas decían:

-Esta debe ser un ángel

Y llenos de cierto respeto permanecieron de rodillas junto a la cama

LA VISIÓN DEL INFIERNO

Una de las cosas que más impresionaron a Jacinta fue la visión del Infierno. La certeza de que el pecador que muere con un solo pecado mortal se condena para siempre le hizo tener un grandísimo amor a los pobres pecadores, a los que quería salvar del fuego eterno.

Muchas veces, sentándose en una piedra o en el suelo, pensativa, comenzaba a decir:

-¡Oh Infierno! ¡Oh Infierno! ¡Qué pena tengo de las almas que van al Infierno! Y las personas están allí vivas y arden, como la leña en el fuego.

Lo que más la horrorizaba era la eternidad. Preguntaba a Lucia sobre los que van al Infierno:

-¿Nunca más salen de allí?

-No.

-¿Y después de muchos, muchos años?

-No. El Infierno nunca acaba.

-¿Y el Cielo tampoco?

-Quien va al Cielo nunca jamás sale de allí.

-¿Y quién va al Infierno tampoco sale?

-¿No ves que son eternos, que nunca acaban?

Otras veces decía:

-¿Y aquella gente que está allí ardiendo no se muere? ¿Y no se convierten en ceniza? Y si rezamos mucho por los pecadores, ¿Nuestro Señor los libra de allí? ¿Y con los sacrificios también? ¡Pobrecitos! Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos.

Una vez dijo a Lucia:

-¿Por qué Nuestra Señora no muestra el Infierno a los pecadores? Si lo vieran ya no pecaban, para no ir allí. Tienes que decir a aquella Señora que muestre el Infierno a toda aquella gente (los que iban a Cova da Iría); verás como se convierten.

Otras veces preguntaba:

-¿Qué pecados son los que hace la gente para ir al Infierno?

-No sé -respondía Lucia-. Puede que el pecado de no ir a Misa el domingo, de robar, de decir palabras feas, maldecir, jurar...

-¿Y sólo así, por una palabra, van al Infierno?

-Sí. Es pecado....

-¿Qué les costaba estar callados e ir a Misa? Que pena tengo de los pecadores. ¡Si yo pudiera mostrarles el infierno!

Si llegaba a oír grandes palabrotas se cubría la cara con las manos y añadía:

-Dios mío. ¿Esa gente no sabe que por decir esas cosas puede ir al Infierno? Perdónales, Jesús mío, y conviértelos. Seguramente no saben que con esto ofenden a Dios. Qué pena, Jesús mío. Yo rezo por ellos.

SACRIFICIOS POR LOS PECADORES

“La visión del Infierno -recuerda Lucia- la había horrorizado de tal manera que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada para conseguir librar de allí a algunas almas”. Fue el amor a Dios y el amor a las almas de los pecadores lo que movió a esta niña de tan solo siete años a practicar penitencias impropias de su edad. No lo hizo por una especie de culto al dolor ni por estar desequilibrada (como imaginan algunos) ^{Nota 4}. Lo hizo movida únicamente por amor a Dios y por amor al prójimo: para reparar a Dios y para salvar almas. El amor la movió. Cumplió a la perfección el doble mandamiento de los cristianos. De hecho, cuando sufrían alguna persecución o contrariedad, solía preguntar a Lucia:

-¿Ya dijiste al Señor que es por su amor?

Si respondía que no, decía:

-Entonces lo diré yo.

Y juntando las manos levantaba los ojos al cielo rezando:

-¡Oh Jesús! Es por tu amor y por la conversión de los pecadores.

¿Qué sacrificios hacía? Veamos algunos ejemplos:

Había unos niños pobres que solían ir de puerta en puerta pidiendo. Un día, al encontrárselos, Jacinta dijo:

-Vamos a dar nuestra merienda a estos pobrecillos por la conversión de los pecadores.

A partir de ese día solía hacer eso con la merienda.

Si tenían hambre comían las bellotas de los árboles. Jacinta elegía las más amargas.

-Jacinta -le regañaba Lucia-, no comas eso, que amarga mucho.

-Las como porque son amargas, para convertir a los pecadores.

Un día hacía un sol abrasador. Los videntes ofrecían contentos el sacrificio de no beber. Pero llegó un momento en el que la sed se hizo insostenible. Lucia, entonces, se acercó a un pueblo cercano y regresó con un cántaro de agua. Pero al ofrecérselo a Francisco se llevó una gran sorpresa:

-No quiero beber.

-¿Por qué?

-Quiero sufrir por la conversión de los pecadores.

-Bebe tú, Jacinta.

-También quiero ofrecer el sacrificio por los pecadores.

La gama de penitencias de Jacinta era muy variada: no comer lo que le gustaba, pasar algunos días seguidos sin beber agua, golpearse las piernas con ortigas.... Sólo Dios sabe cuántas almas deberán a estos sacrificios su conversión y salvación. En el Cielo lo sabremos.

De todos modos a veces quiso mostrar el Señor la eficacia de estos sacrificios en orden a la conversión de los pecadores. Había una mujer que siempre que los veía los insultaba. Un día que salía de la taberna no sólo les insultó sino que también les pegó. Jacinta dijo a Lucia:

-Tenemos que pedir a Nuestra Señora y ofrecerle sacrificios por la conversión de esta mujer; dice tantos pecados que si no se confiesa va al Infierno.

Desde entonces rezaron y se sacrificaron por ella. Pasados unos días corrían jugando enfrente de la puerta de su casa. Jacinta se paró en seco y dijo:

-No juguemos más. Hagamos este sacrificio por la conversión de los pecadores.

Y sin pensar que alguien podía verla, levantó las manos y los ojos al Cielo e hizo el ofrecimiento. La mujer, que espiaba desde su casa, quedó tan impresionada que no sólo no volvió a insultarles sino que les rogaba constantemente que intercediesen ante Nuestra Señora para que le alcanzase el perdón de sus pecados.

EFICACIA DE SU ORACIÓN

Un alma tan agradable a Dios era oída en sus oraciones. Podríamos traer muchos ejemplos. Bastarán dos:

Se acercó una vez un soldado a Jacinta llorando como un niño. Le requerían para ir a la guerra y dejaba a su mujer enferma en la cama con tres hijitos. Pedía la salud de la esposa o la revocación de la orden. Jacinta le invitó a rezar con ella el Rosario. Después le dijo:

-Nuestra Señora es tan buena. Seguro que le concede la gracia que le pide.

Desde ese día no se olvidó del soldado. Siempre que rezaba el Rosario terminaba rezando un Avemaría por él. Pasados algunos meses apareció el soldado con su mujer y sus tres hijos. Venía a dar las gracias: no sólo se había curado su esposa sino que él, debido a unas fiebres que le habían asaltado la víspera de su partida, había quedado exento del servicio militar.

Una tía de Lucia llamada Victoria tenía un hijo que era muy rebelde. Un día, sin más, abandonó el hogar. Nadie sabía dónde estaba. Victoria contó el caso a Jacinta y ésta prometió pedir por él. Al cabo de unos días el muchacho regresó y pidió perdón. Después contó lo que le había pasado: tras haber gastado el dinero que le había robado a sus padres anduvo errante, como un vagabundo, durante mucho tiempo. Finalmente acabó en la cárcel. Habiendo conseguido escapar se escondió, en plena noche, en el monte. Pero no sabía dónde estaba: había perdido completamente la orientación. Sintió miedo: la noche era cerrada, no tenía alimento, estaba asustado, indefenso, perdido... En aquellas circunstancias acudió, como último recurso, a la oración: cayó de rodillas y empezó a orar. Pasados algunos minutos vio, asombrado, como aparecía en aquel lugar, ante sí, Jacinta, le tomaba la mano y, sin decir palabra alguna, le llevaba a la carretera. Una vez allí le hacía señas para que continuase andando al tiempo que ella desaparecía. El joven empezó a caminar. Tras varias horas reconoció el lugar donde estaba y, conmovido, se dirigió a casa de sus padres. Lucia preguntó a Jacinta como es que podía haber estado allí. La pequeña respondió que ella no había ido allí, que no conocía ni esos pinares ni esos montes.

-Yo sólo recé y pedí mucho a Nuestra Señora por él dándome pena la tía Victoria
Dios, sin duda, había querido con aquella señal, mostrar que era la intercesión de Jacinta la que había devuelto a aquel muchacho al hogar ^{Nota 5}.

Francisco sabía que su vida en la tierra sería breve: la Virgen se lo había avisado. En cierta ocasión dos señoras le preguntaron lo que quería ser de mayor: militar, molinero.... A todo respondía que no.

-Ya sé lo que quieres ser: sacerdote.

-No señora, no quiero ser sacerdote.

-Entonces, ¿qué es lo que quieres ser?

-No quiero ser nada. Quiero morir e ir al Cielo.

Ese era el bello ideal de un alma enamorada de Dios. Era una idea que repetía con frecuencia ^{Nota 6}. Tras la última aparición le dijo a Lucia:

-Me gustó mucho ver a Nuestro Señor, pero todavía me gustó más verle en aquella luz donde también estábamos nosotros. Dentro de poco me lleva con Él y entonces ya le veré siempre.

El 23 de Diciembre de 1918 Francisco y Jacinta cayeron enfermos atacados por una epidemia de bronconeumonía ^{Nota 7}. Jacinta se recuperó con rapidez pero Francisco no. Estuvo muchos días en cama y cuando pudo levantarse se sentía muy débil. Los días que tenía un poco más de fuerzas aprovechaba para dar un paseo hasta Cova da Iría y rezar allí el Rosario. Algunos, al verlo, le animaban diciéndole que se curaría pronto. Pero él respondía con un acento que impresionaba:

-No.

"En su dolencia -recuerda Lucia- sufría con una paciencia heroica, sin dejar nunca escapar ningún gemido, ni la más leve queja...". Cuando algunas personas mayores entraban a visitarlo salían impresionadas de la habitación. Una vez, unos que habían estado bastante rato, comentaban:

-No sé que tiene Francisco, ¡se está aquí tan a gusto!

Otras decían:

-Parece que se siente al entrar en el cuarto de Francisco lo que sentimos al entrar en la Iglesia.

La gente solía pedirle que rezara mucho a Dios por ellos. Una mujer fue a verle muy apenada: su esposo había expulsado a uno de sus hijos de casa. Ella quería que se reconciasen. Francisco le dijo:

-Quédese tranquila. En breve voy al Cielo, y en cuanto llegue pido esa gracia a Nuestra Señora.

La misma tarde de la muerte de Francisco el hijo pidió perdón al padre y la paz volvió a la familia.

Francisco lo pasó mal en su enfermedad. Lucia le preguntaba con frecuencia:

-¿Sufres mucho?

-Sí, pero lo sufro todo por amor a Nuestro Señor y a Nuestra Señora.

En otra ocasión Lucia le preguntó si notaba mejoría:

-No, me siento peor. Ya me falta poco para ir al Cielo. Allí voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora. Jacinta va a pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por ti, y tú te quedas aquí porque Nuestra Señora lo quiere. Escucha: haz todo lo que Ella te diga.

Un día le dio la cuerda que llevaba, como penitencia, atada a la cintura:

-Toma, llévatela antes que mi madre la vea. Ahora ya no soy capaz de ponérmela en la cintura.

Lo que más le costaba era no poder ir a visitar el sagrario. A Lucia le solía decir:
-Escucha: vete a la Iglesia y dale muchos recuerdos de mi parte a Jesús escondido. De lo que más pena tengo es de no poder ir ya a estar algún rato con Él.

Capítulo 6.- Francisco se va

Un día Lucia fue requerida por sus dos primos con mucha urgencia. La Virgen se les había aparecido a ellos dos solos dándoles unos breves mensajes sobre sus respectivos futuros. Jacinta lo comunicó a Lucia:

-Nuestra Señora vino a vernos y dijo que muy pronto vendrá a buscar a Francisco, para llevárselo al Cielo ^{Nota 8}.

Efectivamente: el muchacho estaba cada vez peor. El día 2 de Abril de 1919 su estado era tan malo que fue avisado el párroco para que lo confesara. Francisco mandó llamar rápidamente a Lucia:

-Me voy a confesar para comulgar y morir después. Quería que me dijese si me viste hacer algún pecado y que preguntases también lo mismo a Jacinta.

-Desobedeciste algunas veces a tu madre cuando ella te decía que te quedases en casa y tú te escapabas conmigo para esconderte.

-Es verdad, tengo ese. Ahora vete a preguntar a Jacinta a ver si se acuerda de más.

Jacinta pensó un poco y respondió:

-Dile que antes de aparecerse Nuestra Señora quitó 10 centavos a nuestro padre para comprarle una armónica a José Marto de Casa Velha y que, cuando los chiquillos de Aljustrel tiraban piedras a los de Boleiros él también tiró alguna.

Al transmitirle este recado respondió:

-Esos ya los he confesado, pero vuelvo a confesarlos ahora. Puede ser que por estos pecados que yo he hecho esté tan triste Nuestro Señor. Te aseguro que aunque no muriera, nunca jamás los volvería a hacer. Estoy tan arrepentido ^{Nota 9}.

Aquel mismo día confesó y se le prometió para el día siguiente la Comunión.

El jueves día 3 de Abril se le llevó la Comunión. No pudo levantarse de la cama para recibirla por su extremada debilidad. Pero comulgó con gran lucidez y mucha piedad. Estaba lleno de gozo.

Conforme iba avanzando el día Francisco se encontraba peor. Su mal se iba agravando a pasos agigantados. Aquella noche Lucia fue a despedirse de él:

-Adiós, Francisco, si vas al Cielo esta noche no te olvides de mi ¿me oyes?

-No te olvido, no, quédate tranquila.

Y mientras decía esto apretaba fuertemente la mano derecha de su prima, mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

-¿Quieres algo más? -preguntó Lucia también llorando.

-No.

Como la escena se estaba poniendo demasiado conmovedora Olimpia mandó a la pequeña salir del cuarto.

-Entonces, adiós, Francisco. Hasta el Cielo.

-¡Adiós, hasta el Cielo!...

Y el Cielo se aproximaba. Amaneció el día 4 de Abril, viernes. Hacia las seis de la mañana Francisco dijo a su madre:

-Mire madre, ¡qué luz tan bonita! Allá, junto a la puerta....

Algunos momentos después afirmó:

-Ahora ya no la veo...

Entonces su rostro se iluminó con una sonrisa angelical y, sin agonía, sin contracción, sin un gemido, expiró dulcemente. No tenía aún los once años.

La noticia de su muerte corrió como la pólvora. Jacinta la sufrió muchísimo. A veces se la veía pensativa durante mucho rato. Al preguntarle en qué pensaba respondía:

-En Francisco. ¡Quién pudiera verlo!

Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

El cadáver de Francisco fue enterrado en el cementerio de Fátima ^{Nota 10}.

Capítulo 7.- Jacinta cae enferma

12

Ya hemos dicho que el 23 de Diciembre de 1918 tanto Francisco como Jacinta cayeron enfermos. Durante esta enfermedad Jacinta aprovechó para ofrecer hasta los más mínimos sacrificios al Señor. Cuando Lucia iba a visitarla a su cuarto ella le decía:

-Ahora vete a ver a Francisco, yo hago el sacrificio de quedarme aquí solita.

Un día su madre le llevó una taza de leche.

-No la quiero, madre -respondió apartando la taza con su manita.

Cuando la madre, apenada, se fue, Lucia le dijo:

-¿Cómo desobedeces así a tu madre y no ofreces este sacrificio a Nuestro Señor?

Al oír esto la pobre criatura dejó escapar unas lágrimas, llamó a su madre y se tomó la taza sin rechistar. Más tarde comentaría a Lucia:

-Cada vez me cuesta más tomar la leche y los caldos, pero no digo nada. Tomo todo por amor a Nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María, nuestra Madrecita del Cielo...

Este era su secreto: ¡hacerlo todo por amor a Dios y a la Virgen!. A Lucia le reveló:

-¡Me agrada tanto decir a Jesús que le amo! Cuando lo digo muchas veces parece que tengo fuego en el pecho, pero no me quema ^{Nota 11}.

Y añadía:

-¡Me encanta tanto Nuestro Señor y Nuestra Señora que no me canso de decirles que los amo!

Otras veces, pensando en los pecadores, decía:

-¡Qué pena! Si dejasen de ofender a Dios ni vendría la guerra ni irían al Infierno.

Cierto día Lucia se acercó a la enferma:

-¿Estás mejor?

-Ya sabes que no mejoro. ¡Tengo tantos dolores en el pecho! Pero no digo nada: sufro por la conversión de los pecadores.

Y preguntaba:

-¿Hiciste hoy muchos sacrificios? Yo hice muchos. Mi madre ha salido y quise ir muchas veces a visitar a Francisco, pero no fui.

Entonces Jacinta mejoró algo y pudo levantarse con normalidad. Desde ese momento solía pasar los días sentada en la cama de Francisco.

Tenemos noticias vagas e imprecisas de que, en este tiempo, Jacinta tuvo alguna aparición personal (solo para ella) de la Virgen. Por testimonio del párroco, Don Manuel, sabemos que la Virgen se le apareció a Jacinta en la Iglesia, durante la Misa del día de la

Ascensión del Señor, y le enseñó a rezar el Rosario. Desgraciadamente el sacerdote no preguntó a la pequeña cuál había sido la manera con la que la Virgen le había enseñado a rezarlo. Dado que Jacinta ya sabía rezarlo es de suponer que en esta ocasión Nuestra Señora le enseñaría un método para hacerlo más perfectamente.

Capítulo 8.- "Nuestra Señora vino a vernos..."

En estas circunstancias ocurrió un hecho del que ya hemos hablado. Lucia fue requerida por sus primos con mucha urgencia: la Virgen se les había aparecido para darles un mensaje. Jacinta se lo comunicó a Lucia:

-Nuestra Señora vino a vernos y dijo que muy pronto vendrá a buscar a Francisco, para llevárselo al Cielo. A mí me preguntó si todavía quería convertir a más pecadores. Le dije que sí. Me dijo que iría a un hospital y que allí sufriría mucho: que sufriese por la conversión de los pecadores, en reparación del Inmaculado Corazón de María y por amor a Jesús. Pregunté si tu ibas conmigo. Me dijo que no. Esto es lo que me cuesta más. Dice que irá mi madre a llevarme y que luego me quedará allí solita.



Jacinta y Lucia con el Rosario
(mediados de Septiembre de 1917)

Todo se cumplió literalmente. Francisco, como vimos, murió el 4 de Abril de 1919. Jacinta, que quedó muy maltrecha, fue llevada a los pocos meses al hospital de Santo Agostinho, en Vila Nova de Ourem. Ingresó el 1 de Julio de 1919: su madre la llevó y la dejó después allí sola. Estuvo dos meses: hasta el 31 de Agosto. Volvió a su casa con una gran herida abierta en el pecho. Los cuidados diarios los sufría sin queja alguna. Le sobrevino, seguramente por falta de higiene, una infección progresiva.

La niña cada vez sufría más: pero todo lo ofrecía por amor a Dios. Era muy visitada por niños, con los que jugaba a las canicas y después les enseñaba el rezo del Rosario. Les aconsejaba no cometer pecados. Con las personas adultas no solía hablar. Si decían alguna cosa inconveniente intervenía enseguida:

-No digan eso, que ofenden a Dios Nuestro Señor.

Si contaban de sus familias algunas cosas que no fuesen buenas decía:

-No dejen a sus hijos hacer pecados.

"Un día -recuerda Lucia- me dieron una estampa del Corazón de Jesús, bastante bonita para lo que los hombres pueden hacer. La lleve a Jacinta. Se fijó en ella, la miró con atención y dijo:

-Es tan feo. No se parece en nada a Nuestro Señor, que es tan bonito. Pero la quiero; siempre es Él.

La besaba con frecuencia y decía:

-Lo beso en el Corazón, que es lo que más amo. ¡Quién me diera también el Corazón de María! ¿No tienes ninguno? Me gustaría tener los dos juntos."

En otra ocasión se la encontraron abrazada a un crucifijo mientras decía:

-¡Oh! mi Jesús, yo te amo y quiero sufrir mucho por tu amor.

El 13 de Octubre de 1919 el padre Formigao se presentó en Fátima para ver cómo iban las cosas. Quedó impresionado del estado de Jacinta. He aquí la descripción que hizo entonces: "La pequeña está esquelética. Los brazos son de una delgadez asombrosa. Desde que salió del hospital de Vila Nova de Ourem, donde durante dos meses estuvo sometida a tratamiento sin resultado, está siempre ardiendo con fiebre. Su aspecto inspira compasión. ¡Pobre niña! El año pasado llena de vida y salud, y hoy ya, como flor marchita, pendiendo al lado del sepulcro". Una cosa parecía estar clara: había que sacarla de allí y llevarla a un sitio donde se la atendiera mejor.

Capítulo 9.- Jacinta va a Lisboa

En Otoño de 1919 la Virgen volvió a aparecerse a Jacinta. La pequeña llamó enseguida a Lucia:

-Me dijo que voy a Lisboa, a otro hospital; que no te volveré a ver, ni a mis padres. Que después de sufrir mucho moriré sola; pero que no tenga miedo, que Ella me vendrá a buscar para llevarme al Cielo.

Y abrazando a Lucia mientras lloraba le decía:

-Nunca más volveré a verte, tú no irás a visitarme allí. ¡Oye! Reza mucho por mí, que moriré sola.

Esta idea, la de morir sola, la atormentaba más que todos los demás dolores. Lucia le escuchó decir muchas veces:

-Oh Jesús ahora puedes convertir a muchos pecadores, porque este sacrificio es muy grande.

A principios de Enero de 1920 el padre Formigao se presentó en Fátima con un médico especialista. Ambos convencieron a los padres de la niña de que la llevaran a un hospital muy bueno que había en Lisboa. Los padres dieron el permiso y rápidamente se pusieron a buscar alojamiento, pues la enfermita no sería admitida en el hospital si primero no tenía una casa en Lisboa que la recogiese.

Jacinta no hacía mucho caso de estas cosas. Sus pensamientos estaban en otros asuntos. Mientras todo ocurría ella comentaba a Lucia:

-Oye, ¿sabes? Nuestro Señor está triste porque Nuestra Señora nos dijo que no le ofendan más, que ya estaba muy ofendido y nadie hace caso, continúan haciendo los mismos pecados.

Gracias a las buenas gestiones de personas honradas pronto se encontró una casa en Lisboa que recogería a la pequeña hasta que ingresara en el hospital. Se trataba de una casa en la que una buena mujer recogía a niñas huérfanas para ayudarlas a salir adelante. Desde ese momento los acontecimientos se precipitaron. Se decidió que Jacinta llegaría a Lisboa el miércoles 21 de Enero, en el tren de las ocho de la tarde.⁵

Cuando faltaban pocos días para la marcha llamó a Lucia y le dijo muy emocionada:

-Ya me falta poco para ir al Cielo. Tú quedas aquí, para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando llegue el momento de decirlo no te escondas. Díselo a toda la gente, que Dios nos concede las gracias por medio del Corazón Inmaculado de María; que se las pidan a Ella, que el Corazón de Jesús quiere que a su lado se venere el Corazón Inmaculado de María. Que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María, que Dios se la confió a Ella. ¡Si yo pudiese meter en el corazón de la gente el fuego que tengo aquí dentro del pecho, quemándome y haciéndome amar tanto al Corazón de Jesús y al Corazón de María!

La víspera de su partida fue junto a su madre, montada en una borriquilla, a despedirse de la Cova da Iria ^{Nota 12}. Dejó un ramo de flores y rezó el Rosario. La despedida de Lucia fue desgarradora: estuvieron mucho tiempo abrazadas. Lucia quedó muy triste: cuando paseaba por los lugares en los que tantas veces habían estado los tres primos juntos y recordaba esos momentos le venían las lágrimas a los ojos.

Ya era de noche cuando Jacinta y su madre llegaron a Lisboa. Se dirigieron rápidamente al Orfanatorio de Nuestra Señora de los Milagros. Dentro las esperaba la fundadora de este hogar de huérfanas: doña María da Purificação Godinho.

Jacinta se sintió pronto como en casa. En aquel lugar se recogían a muchas muchachas huérfanas. Se vivía en común, con pobreza. Los gastos de la casa los sustentaban almas caritativas. Jacinta le cogió mucha confianza a María Godinho. La llamaba “mi madrina”. A la casa la llamaba “casa de Nuestra Señora de Fátima”.

La “madrina”, por su parte, no tardó en descubrir la preciosa perla que el Señor le enviaba: aquella inocencia, modestia, paciencia, obediencia y espíritu de oración de Jacinta tenía un efecto muy beneficioso en las otras niñas. Un día escuchó como la pequeña decía a una de las internas:

-No debes mentir, ni faltar nunca a la verdad. No debes ser perezosa; debes ser muy obediente y soportar todo por amor a Nuestro Señor, con paciencia, si quieres ir al Cielo.

Lo que más le gustaba a Jacinta era la capilla que había en la casa. ¡Poder habitar bajo el mismo techo que Jesús escondido! Cuando sus fuerzas se lo permitían iba a rezar a la

capilla. Pero le dolía comprobar que mucha gente entraba allí sin el debido respeto. Un día dijo a María Godinho:

-No deje, madrina, que esta gente esté delante del Santísimo Sacramento como no se debe estar. En la Iglesia se debe estar quieto y no hablar. ¡Si esta pobre gente supiera lo que le espera...!

La madrina, entonces, bajaba a la capilla y avisaba estas cosas. Pero no siempre obtenía buen resultado. Cuando volvía Jacinta le preguntaba:

-¿Y bien?

-No quieren entender.

-¡Paciencia! Pero Nuestra Señora queda siempre muy contenta con mi madrina.

Estando en Lisboa Jacinta mostró tener el don de profecía ^{Nota 13}. De los varios ejemplos que podríamos presentar traemos solo dos: había un doctor que la cuidaba con mucha caridad. Jacinta se mostraba muy agradecida. Un día el doctor le rogó que pidiera por él a la Virgen cuando llegara al Cielo. La pequeña se lo prometió. Después, mirándole fijamente le dijo:

-Usted me seguirá dentro de poco.

Y así fue: el médico murió poco después de la muerte de Jacinta.

A veces, cuando podía, Jacinta salía con su madrina para ir a alguna Iglesia. Un día oyeron un sermón majestuoso de un sacerdote de renombre, que tenía muy buena fama. Jacinta, sin embargo, parecía mostrarse muy disgustada. Ya en casa la madrina le preguntó:

-¿Te gusto?

-No -respondió con amargura- Es un sacerdote malo.

Nadie hubiera creído estas palabras, porque era un sacerdote muy conocido y de buena reputación. Y sin embargo el tiempo dio la razón a la pequeña. Poco después el infeliz, abandonando por completo sus deberes sacerdotales, se lanzó a una vida repleta de escándalos.

Capítulo 10.- Las visitas celestiales

En estos últimos días de vida de Jacinta la Santísima Virgen María volvió a aparecérselo con cierta frecuencia. Tanto que la niña consideraba ya hasta “normales” sus visitas.

Un día María Godinho entró en su habitación. La pequeña le dijo:

-Retírese, madrina, porque espero a Nuestra Señora.

Y mantenía sus ojos fijos en una determinada dirección.

¿Qué le decía la Virgen a Jacinta en aquellas cosas? Afortunadamente la pequeña comentaba con total confianza con su madrina muchas de las cosas que le decía la Virgen. Ésta, dándose cuenta de la importancia de estas palabras, las escribió textualmente en un cuaderno. Este cuaderno ha llegado a nosotros. Estas, son, pues, las palabras que la madrina recogió de labios de Jacinta:

-Nuestra Señora dijo que en el mundo hay muchas guerras y discordias.

-Las guerras no son sino castigos por los pecados del mundo.

-Nuestra Señora ya no puede retener más el brazo de su amado Hijo sobre el mundo.

-Los pecados del mundo son muy grandes.

-Los pecados que llevan más almas al Infierno son los de la carne ^{Nota 14}.

Capítulo 11.- Muere un angelito

-Han de venir unas modas que han de ofender mucho a Nuestro Señor. Las personas que sirven a Dios no deben seguir las modas. La Iglesia no tiene modas. Nuestro Señor es siempre el mismo.

-Si los hombres supiesen lo que es la eternidad harían todo lo posible por cambiar de vida. Los hombres se pierden porque no piensan en la muerte de Nuestro Señor ni hacen penitencia.

-Muchos matrimonios no son buenos, no agradan a Nuestro Señor y no son de Dios.

-Mi buena madrina, rece mucho por los sacerdotes, rece mucho por los religiosos.

-Los sacerdotes sólo deben ocuparse de las cosas de la Iglesia

-Los sacerdotes deben ser puros, muy puros.

-La desobediencia de los sacerdotes y de los religiosos a sus superiores y al Santo Padre ofende mucho a Nuestro Señor.

-Rece mucho por los gobiernos. Si el gobierno dejara en paz a la Iglesia y diese libertad a la Santa Religión sería bendecido por Dios.

-¡Ay de los que persiguen a la Religión de Nuestro Señor!

-Querida madrina, huya del lujo; no busque las riquezas; ame mucho la santa pobreza y el silencio.

-Tenga mucha caridad, aún con los malos. No hable mal de nadie y huya de aquellos que hablan mal del prójimo.

-Tenga mucha paciencia, porque la paciencia nos conduce al Cielo.

-La mortificación y los sacrificios agradan mucho a Nuestro Señor.

-La Confesión es un sacramento de misericordia. Por eso es preciso acercarse al confesonario con confianza y alegría. Sin Confesión no hay salvación.

-Los médicos no tienen luz para curar a los enfermos porque no sienten amor de Dios.

Parece ser que la Santísima Virgen debía estar muy triste al decir algunas de estas cosas pues Jacinta comentaba:

-¡Pobre Virgen! ¡Ah, me da tanta pena!

Jacinta, enseñada sin duda por la Virgen, mostraba tener unos conocimientos superiores a los de su edad. En cierta ocasión la madrina le preguntó:

-¿Qué quieres ser tú, Jacinta?

-Iría gustosa a un convento, pero más aún me gusta ir al Cielo. Para ser religiosa es preciso ser muy pura de alma y cuerpo.

-¿Y tú sabes qué significa ser pura?

-¡Lo sé! ¡Lo sé! Ser pura en el cuerpo quiere decir guardar la castidad. Ser pura en el alma es no hacer pecados, no mirar lo que no se debe, no robar, no decir mentiras, decir siempre la verdad, aunque nos cueste.

Otra vez decía:

-¡Ay! ¡Yo tengo mucha lástima de los sacerdotes!

-¿Por qué?

-Porque algunos no cumplen con sus deberes. Es necesario rezar por los sacerdotes que no cumplen con sus deberes y reparar las ofensas que hacen a Nuestro Señor.

Le contaron, por aquel entonces, que un sacerdote, debido a sus culpas, tenía prohibido celebrar Misa. La pequeña lloró con mucha pena y recomendó que no se hablase de los defectos de los sacerdotes sino que se rezase por ellos.

El día 2 de Febrero de 1920 fue ingresada en el hospital “Doña Estefanía”. El diagnóstico médico al internarla decía: “Pleuresía purulenta de una cavidad izquierda fistulizada; inflamación del tejido óseo entre la séptima y la octava costilla del mismo lado”.

El ambiente del hospital no le gustaba: se oían muchas palabrotas, blasfemias, rebeldías ante el dolor... Fijándose en el traje poco modesto y provocativo de algunas enfermeras o de otras personas que venían a visitar a los enfermos exclamaba:

-¡A qué sirve todo aquello! ¡Si supiesen lo que es la eternidad!

En una ocasión escuchó a unos médicos hablando de forma atea.

-¡Desgraciados! ¡Ignoran lo que les espera!

El 10 de Febrero se la sometió a una operación. Como estaba muy débil no usaron cloroformo, por lo que la niña lo sintió y sufrió todo. Lo que más le costó, debido a su modestia, fue verse despojada de sus vestidos. Le cortaron dos costillas, quedándole abierta una herida del grosor de una mano vista transversalmente. Los médicos se felicitaban por el éxito de la operación pero ella aseguraba que moriría pronto.

Durante las curaciones la pequeña sufría agudos dolores, pero los soportaba con mucha paciencia. Todos se admiraban de ello. Un empleado que la transportaba en camilla, el señor Manuel Fernández, declaró: “La niña Jacinta era diferente de las otras... ¡muy quietecita! Quien mirase aquel ser veía que era una inocentita la que estaba allí”.

Siguió teniendo visitas celestiales. A una enfermera, Leonor da Assuncao, la llamaba cuando la Virgen venía a verla. La enfermera contó que en estas circunstancias siempre percibía fuera de la ventana una nube de humo, semejante a la del incienso. Otra, Aurora, contaría después que la enferma no quería que ella se sentase en una silla que estaba junto a su lecho porque allí se sentaba la Virgen cuando venía a verla. A cualquiera de estas apariciones debe referirse Lucia cuando nos dejó escrito en sus memorias: “Desde Lisboa me mandó aún decir que Nuestra Señora ya la había ido a ver y le había dicho la hora y el día en que moriría”.

Un día, al curarla, la niña dejó escapar, involuntariamente, algunas quejas. La madrina la exhorto a que tuviera paciencia. Al día siguiente Jacinta le dijo:

-¡Mire, madrina, ya no me quejo más! Nuestra Señora se me volvió a aparecer y me dijo que pronto me vendría a buscar y que me quitaba ya los dolores.

Y así fue: ante el asombro de los médicos la pequeña no volvió a quejarse ni a mostrar ningún tipo de sufrimiento, a pesar de las curas y las heridas. Hablaba y se entretenía con gusto. Le gustaba, sobre todo, ver estampas religiosas.

El 20 de Febrero, viernes, hacia las seis de la tarde, declaró que se encontraba mal y pidió los sacramentos. El sacerdote que la confeso quedó muy impresionado. Al irse, comentaba:

-¡Ay de nosotros si ésta no fuese al Cielo!

Como no se vio peligro de muerte se decidió que se le llevaría la comunión al día siguiente, a pesar de que la niña la pedía. Pero una vez más tuvo razón la chiquilla. Hacia las diez y media de la noche Jacinta, pura florecilla de la Virgen, murió dulcemente. Como Nuestra Señora le había predicho murió sola.

Su cuerpo fue llevado hasta la Iglesia vecina de los Ángeles donde estuvo desde el 21 de Febrero hasta el 24, mientras se preparaba el viaje para llevarlo a Fátima ^{Nota 15}. La gente, enterada del suceso, quiso ir a ver los restos mortales. Entonces sucedió un hecho maravilloso,

notado por todos los testigos: el cuerpo, a pesar de los tres días, desprendía unos aromas exquisitos. Valga por todos los testimonios el del señor Antonio Rebelo, que estuvo allí: "Paréceme estar viendo al angelito. Recostada en el féretro parecía estar viva, con los labios y las mejillas color rosa, bellísima... el agradable olor que desprendía el cuerpo no se puede explicar naturalmente, dígame lo que se quiera... piénsese en el olor que desprende un muerto que hace imposible estar a su lado. Pues bien: la pequeña ya estaba muerta desde hacía tres días y medio y olía como un ramillete de las flores más exóticas".

Otro hecho extraordinario: ¡las campanas de la Iglesia tocaron por sí solas al entrar el cuerpo en la Iglesia! El sacristán indagó el asunto para saber si había alguien en la torre tocándolas y pudo comprobar que no ^{Nota 16}.

Fue sepultada en Vila Nova de Ourem, en la cripta de un benefactor ^{Nota 17}. En 1935 sus restos fueron trasladados a Fátima. Con aquel motivo se hizo un ligero reconocimiento del cadáver. La sorpresa fue generalizada: ¡el rostro de la niña estaba totalmente incorrupto! ^{Nota 18}. Cosa rara, pues había muerto de pleuresía purulenta (enfermedad muy infecciosa) y por tal motivo la habían cubierto de cal viva. No se quiso continuar investigando para ver si todo su cuerpo también permanecía incorrupto. Actualmente Jacinta está enterrada en la basílica de Fátima.



19

Foto sacada el 12 de Septiembre de 1935, al reconocer el cadáver de Jacinta. Puede verse perfectamente como su rostro está incorrupto.

Capítulo 12.- La séptima aparición

Lucia quedó muy afectada por la muerte de Jacinta. En poco tiempo había perdido a sus dos primos, que compartían sus secretos y su vida.

La pobre niña estaba en una situación muy delicada. Continuamente era asaltada e interrogada por multitud de personas que llegaban de todas partes. Los que estaban a su lado y la querían se daban cuenta de que la pequeña no podría resistir mucho tiempo ese ambiente ni la tensión a la que era sometida por los continuos visitantes. Estuvo a punto de enfermar gravemente. Era necesario que la niña saliera de allí y creciera en condiciones más normales para ella. La familia estaba de acuerdo.

En estas circunstancias llegó el nuevo Obispo, Don José Alves, con dos prioridades: estudiar a fondo todo lo referente a Fátima, para comprobar si aquello era realmente un suceso sobrenatural, y ocuparse de Lucía. Él, por su parte, también había llegado a la conclusión de que lo mejor para la niña era alejarla de Fátima y mandarla a un lugar donde nadie la conociera ni se supiese que era la única superviviente de las apariciones.

Con esta idea llamó a Lucia y le dijo:

-Tú debes marcharte de tu familia y de Fátima. Tú debes ir a un lugar desconocido.

Se encontró el sitio ideal: en Oporto, al norte de Portugal, había una casa para la educación de las niñas llevada por las religiosas Doroteas. Se hicieron las gestiones oportunas y se decidió que era el mejor lugar. La fecha de salida fue fijada para el 16 de Junio de 1921, por la noche, a fin de que nadie se diera cuenta.

Ese mismo día Lucia fue a despedirse de todos los lugares que tanto amaba y donde había vivido tantas experiencias maravillosas con Dios y con sus primos: el Cabezo, los Valinhos..... Cuando llegó a Cova da Iría la chiquilla iba destrozada. ¡Le costaba tanto separarse de esos lugares, de su familia, de su tierra! Ella, que siempre había ofrecido con gusto todos los sacrificios a Dios, notaba que esta vez el sacrificio era superior a sus fuerzas. Se sentía incapaz de obedecer la orden del Obispo.

Se puso de rodillas ante el tronco de la carrasca de las apariciones y lloró con gran tristeza. Entonces pensó que realmente no podía abandonar aquellos lugares, no podía irse y dejar a su gente. Pensó anular el viaje e ir adonde el Obispo para decirle:

-Lo siento, pero debo retractarme de lo que prometí. No iré. No me marcharé de este lugar.

Todavía estaba reflexionando estas cosas cuando notó que alguien le tocaba su hombro derecho. Miró hacia arriba y se quedó muda por la emoción: ¡era Nuestra Señora la que estaba a su lado! Había vuelto, como prometió el 13 de mayo cuando dijo que vendría seis veces y que luego volvería una séptima vez.

La Virgen miró a Lucia con mucha serenidad y amabilidad y le dijo:

-AQUÍ ESTOY UNA SÉPTIMA VEZ PARA DECIRTE QUE DEBES OBEDECER A TU OBISPO. ESTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS.

Lucia ya no tuvo dudas. Esa misma noche se marchó a Oporto. Nadie, salvo su familia, sabía dónde iba ni cómo contactar con ella. Tenía catorce años.

Una nueva vida empezaba para ella: atrás quedaban su madre, sus primos, su querida Cova da Iría.... Ahora debía llevar una vida desconocida y oculta. Así lo hizo: vivió con sencillez, humildad, sin llamar la atención. Tan sólo la superiora de las Doroteas sabía que era la última vidiente de Fátima. El resto de personas creían que era una más de la casa, como tantas.

En aquel ambiente Lucia sintió nacer la llamada del Señor a la vida religiosa. Tras madurar su vocación decidió entrar a formar parte de las religiosas Doroteas. El 25 de Octubre de 1925 entró en el postulantado (el primer paso de la vida religiosa) de las Doroteas, que estaba en Pontevedra, España. No podía sospechar que en este lugar iba a completarse la misión que Dios y la Virgen tenían pensada para ella.

Capítulo 13.- La aparición del 10 de Diciembre de 1925

La Virgen, el 13 de julio de 1917, había dicho, en la segunda parte del secreto, que vendría a pedir dos cosas: la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. La segunda de ellas (la comunión reparadora de los primeros sábados) vino a pedirla a Pontevedra, mientras Lucia estaba en su postulantado como Dorotea.

Todo ocurrió de la siguiente manera: era el 10 de Diciembre de 1925. Lucia se encontraba en su habitación, sola. De repente se le apareció la Santísima Virgen María. Al lado de la Virgen, suspendido en el aire sobre una nube luminosa, estaba el Niño Jesús. La Virgen, poniendo una de sus manos en el hombro de Lucia, le mostró en la otra un corazón que estaba cercado de espinas. Entonces el Niño dijo:

-TEN COMPASIÓN DEL CORAZÓN DE TU SANTÍSIMA MADRE QUE ESTÁ CUBIERTO DE ESPINAS QUE LOS HOMBRES INGRATOS CONTINUAMENTE LE CLAVAN, SIN HABER QUIEN HAGA UN ACTO DE REPARACIÓN PARA ARRANCÁRSELAS.

Enseguida dijo la Virgen:

-MIRA, HIJA MÍA, MI CORAZÓN, CERCADO DE ESPINAS QUE LOS HOMBRES INGRATOS ME CLAVAN CONTINUAMENTE CON BLASFEMIAS E INGRATITUDES. TÚ, AL MENOS, PROCURA CONSOLARME Y DI QUE A TODOS AQUELLOS QUE DURANTE CINCO MESES, EN EL PRIMER SÁBADO SE CONFIESEN, RECIBAN LA SAGRADA COMUNIÓN, RECEN LA TERCERA PARTE DEL ROSARIO Y ME HAGAN QUINCE MINUTOS DE COMPAÑÍA MEDITANDO EN LOS QUINCE MISTERIOS DEL ROSARIO CON EL FIN DE DESAGRAVIARME, YO PROMETO ASISTIRLES EN LA HORA DE LA MUERTE CON TODAS LAS GRACIAS NECESARIAS PARA SU SALVACIÓN.

Esta es la famosa devoción de los cinco primeros sábados. Hablaremos de ella con profundidad en el tercer cuaderno, dedicado a explicar el mensaje de Fátima.



21

Capítulo 14.- La visión de Tuy de 1929

En 1925, como acabamos de ver, la Virgen vino a pedir la reparación de los primeros sábados. Pero todavía quedaba otra petición. Esta tuvo lugar en Tuy, España, en 1929. Lucia se encontraba en la casa que las Doroteas tienen en ese lugar.

La visión tuvo lugar el 13 de Junio de 1929. Oigamos sus propias palabras: "Yo había pedido y obtenido licencia de mis superiores y confesor para hacer la Hora Santa de las 11 a las 12, de jueves a viernes. Estando una noche sola, me arrodillé entre la balaustrada, en medio de la capilla, a rezar postrada las oraciones del Ángel. Sintiéndome cansada me levanté y continué rezando con los brazos en cruz. La única luz era la de la lámpara. De repente se iluminó toda la capilla con una luz sobrenatural. Y, sobre el altar, apareció una Cruz de luz que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la Cruz, una cara de hombre con su cuerpo hasta la cintura. Sobre el pecho una paloma, también de luz. Y, clavado en la Cruz, el cuerpo de otro hombre. Un poco más abajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un cáliz y una hostia grande, sobre la cual caían algunas gotas de sangre que corrían de los pómulos del Crucificado y de una herida del pecho. Y, resbalando por la hostia, esas gotas caían dentro del cáliz. Bajo el brazo derecho de la Cruz estaba Nuestra Señora (era Nuestra Señora de Fátima con su Corazón Inmaculado en la mano izquierda; sin espada ni rosas, más con una corona de espinas y llamas). Bajo el brazo izquierdo unas letras grandes, como si fuesen de agua cristalina que corriesen para el altar, formaban estas palabras: *Gracia y Misericordia*."

Comprendí que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad; y recibí luces sobre este misterio que no me es permitido revelar.

Después Nuestra Señora me dijo:

-HA LLEGADO EL MOMENTO EN QUE DIOS PIDE QUE EL SANTO PADRE HAGA, EN UNIÓN CON TODOS LOS OBISPOS DEL MUNDO, LA CONSAGRACIÓN DE RUSIA A MI CORAZÓN INMACULADO, PROMETIENDO SALVARLA POR ESTE MEDIO. SON TANTAS LAS ALMAS QUE LA JUSTICIA DIVINA CONDENA POR PECADOS COMETIDOS CONTRA MÍ QUE VENGO A PEDIR REPARACIÓN; SACRIFÍCATE POR ESTA INTENCIÓN Y ORA..."



22

Capítulo 15.- La muerte de Lucia

Según la promesa de la Virgen Lucia iba a quedar en el mundo para dar a conocer la devoción al Inmaculado Corazón de María. Y así ha sido.

El 25 de Marzo de 1948 pidió permiso al Vaticano para cambiar de orden religiosa. Se le concedió. Ingresó en las Carmelitas de Santa Teresa de Jesús, en Coimbra. Aquí permanecería el resto de su vida ^{Nota 19}.

Allí vivió 57 años de vida religiosa sencilla, normal, aparentemente como todas, aunque ya no era ningún secreto que ella era la última vidente de Fátima. Sabemos que siguió recibiendo ciertas revelaciones del Cielo pero ella procuraba llevar en todo una vida humilde. La superiora del Carmelo de Coimbra, la hermana María Celina de Jesús crucificado, escribió a la muerte de Lucia: "Puedo decir que vivimos al lado de una santa caminando, como todas las otras hermanas, en el esfuerzo cotidiano de la búsqueda de lo más perfecto, aceptando con humildad las pequeñas contrariedades que son inevitables en la vida.... Vivió una vida normal poniendo en práctica el lema: ¡Por fuera como todas; por dentro como ninguna!. No era de salud muy robusta, habiéndole acompañado siempre la anemia, pero como tenía una fuerte virtud, no era quejica, ni dramatizaba las situaciones. Hasta el fin encaró las dificultades físicas sin dramatismos y siempre con humor. Con frecuencia tenía vértigos a los cuales ella llamaba "mareos" como en español.... Así vivió, metida con toda naturalidad en la vida común, fiel al horario integral de la comunidad, en cuanto las fuerzas se lo permitieron, participando con toda el alma de las alegrías sencillas".

Sólo gozaba de una excepción: cuando sonaban las campanillas llamando a toda la comunidad al locutorio para atender a alguna visita la hermana Lucia no estaba obligada a comparecer. Ella decidía si ir o no.

El 13 de Mayo del año 2000 Juan Pablo II estuvo en Fátima. Allí beatificó a Francisco y a Jacinta. Lucia estuvo en los actos. Cuando regresó al convento venía bastante fastidiada. Desde entonces tuvieron que llevarla en silla de ruedas a un paseo obligatorio por el jardín que le habían prescrito los médicos hacía ya varios años.

Uno de sus rasgos más llamativos era el buen humor. Continuamente sabía encontrar el lado divertido de las cosas y gastar bromas inocentes a todas las hermanas. Siendo ya muy anciana, viendo un día una foto de Francisco y Jacinta, comentó con gracia:

-Mira los pillos, fueron para el Cielo ¡y nunca más quisieron saber de mí!

En otra ocasión, unos meses antes de morir, con 94 años de edad, dijo burlonamente:

-Nuestra Señora dijo que yo quedaba aquí algún tiempo más... ¡pero ya está a ser tanto!

Sus múltiples limitaciones físicas no le hacían lamentarse. Vivía abandonada a las manos de Dios, aunque reconocía que cuesta ser anciana.

Los últimos meses de vida perdió muchas fuerzas. Estaba obligada a guardar cama. El papa Juan Pablo II le mandó una carta dándole ánimos. Un año antes le había enviado, por medio del Padre Droszdeck, un Rosario personal. Lucia, hasta su muerte, no se separó de dicho Rosario. Se acordaba con frecuencia del Papa y ofrecía sus dolores por él. Todas las hermanas pudieron ver en sus últimos días su ardiente amor por el Santo Padre, amor que le había inculcado la Santísima Virgen María.



Última fotografía de Lucia, leyendo la carta que le envió Juan Pablo II

La Virgen le había dicho a sor Lucia que vendría a buscarla en un primer sábado de mes o un día 13. Efectivamente: María vino a llevarla consigo el 13 de febrero del año 2005. La Virgen le había igualmente precisado que al poco tiempo de su partida también vendría a buscar al Santo Padre. ¡Y aconteció así! Juan Pablo II partió semanas después que sor Lucia, en Abril del mismo año (justo un primer sábado de mes).

El 13 de Febrero del año 2005, con 94 años de edad, Lucia expiró dulcemente. ¡Seguro que salieron a recogerla sus dos primos, Francisco y Jacinta, que la esperaban desde hace tanto tiempo, para llevarla a la presencia del Señor y de la Virgen! Sus restos, actualmente, descansan en la basílica de Fátima, al lado de los de Jacinta.

SERIE "APARICIONES DE LA VIRGEN EN FÁTIMA"

Nº 1 HISTORIA DE LAS APARICIONES DE LA VIRGEN EN FÁTIMA

Nº 2 EL EJEMPLO DE LOS PASTORCILLOS

Nº 3 EL MENSAJE DE FÁTIMA

NOTAS

Nota 1: Jacinta añadió tres Avemarías al final de su Rosario por el Papa.

Nota 2: Francisco y Jacinta fueron beatificados por San Juan Pablo II el 13 de Mayo del año 2000 y canonizados el 13 de Mayo de 2017. Con esto han sido propuestos a toda la Iglesia como ejemplo de virtudes. Su fiesta se celebra el 20 de Febrero.

Nota 3: Dice la Palabra de Dios: *No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que Él os ha sellado para el día de la liberación final (Ef 4, 30)*. De una forma, pues, misteriosa, podemos entristecer a Dios con nuestro rechazo a su amor y nuestro pecado.

Nota 4: Se ha acusado a los pequeños, especialmente a Jacinta, de tener una obsesión enfermiza por el sufrimiento. Es una acusación falsa y sacrílega. Los que así hablan (y a veces, lamentablemente, son personas creyentes e incluso sacerdotes) demuestran no tener ni idea de las “locuras” que a las que nos lleva el amor de Dios cuando entra en nuestras vidas. En la vida de los santos tenemos muchísimos hechos de mortificaciones extraordinarias realizadas por amor a Dios y por la salvación de las almas. Nunca debemos olvidar que la base de nuestra fe cristiana está en el hecho de que Dios, por amor a nosotros, se hizo hombre y padeció voluntariamente los terribles dolores de la Pasión para librarnos del pecado. Y todo lo hizo por amor. *Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor... en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados (1 Juan 4, 8-10)*.

Nota 5: Se trata de un caso de “bilocación”. La “bilocación” es un fenómeno místico sorprendente mediante el cual una persona, por especial intervención de Dios, es capaz de estar en dos sitios a la vez. Los casos más conocidos e históricamente comprobados pertenecen a San Alfonso M^a de Ligorio, a San José de Cupertino y a San Pío de Pietrelcina. Este milagro ocurre de diferentes modos. Dado que Jacinta no recordaba nada parece ser que en este caso hemos de atribuir a un ángel bajo su aspecto la aparición providencial que ayudó al joven.

Nota 6: El Concilio de Trento, en su decreto sobre la justificación, definió como dogma de fe que nadie puede estar seguro indudablemente de su salvación a no ser que una revelación especial de Dios se lo haga saber. He aquí las palabras del canon dogmático: “Si alguno dijere con absoluta e infalible certeza que tendrá ciertamente aquel gran don de la perseverancia hasta el fin, a no ser que lo hubiera sabido por especial revelación, sea anatema” (CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la justificación, canon 16*) . La razón es clara: nadie puede saber con plena certeza si perseverará hasta la hora de su muerte en la gracia de Dios o no. ¡Cuántos, después de años y años en la vida cristiana, han perdido la fe y se han abandonado en el pecado! Francisco, sin embargo, podía afirmar con total certeza que iba a ir al Cielo porque la Virgen se lo había revelado.

Nota 7: Fue la terrible epidemia llamada “la española”, que tantas muertes provocó en Europa.

Nota 8: Hablaremos un poco más de esta aparición en el capítulo 8

Nota 9: El verdadero arrepentimiento incluye un firme propósito de no volver a cometer los pecados confesados. La actitud de Francisco es la perfecta para una Confesión verdadera.

Nota 10: El cuerpo de Francisco, actualmente, se halla enterrado en la basílica de Fátima.

Nota 11: Según estas palabras es posible que Jacinta haya experimentado un fenómeno místico comúnmente llamado “incendio de amor”. Tiene varios grados. Jacinta parece haber tenido el primero de ellos, caracterizado por sentir un fuego interno místico, signo de su amor vehemente a Dios.

Nota 12: Por penitencia y por reverencia y amor a la Virgen quiso hacer la última parte del camino a pie.

Nota 13: El don de profecía es una gracia mística concedida por Dios a algunas personas que, entre otras manifestaciones, permite conocer hechos futuros.

Nota 14: Los pecados de la “carne” son los pecados de impureza, de lujuria. Son los pecados que vienen de hacer un uso indebido de la sexualidad. La revelación de la Virgen coincide con algunas afirmaciones de grandes santos de la Iglesia. San Alfonso M^a de Ligorio llegó a afirmar que este pecado es por el que “mayor número de almas caen al Infierno; más aún: no vacilo en afirmar que por este solo vicio o, al menos, no sin él se condenan todos los que se condenan” (SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Theologia Moralís* l.3 n. 431). Desgraciadamente en nuestra época han crecido de forma alarmante, especialmente entre la juventud, los pecados impuros. Se hace un uso de la sexualidad muy desordenado, muy contrario al plan de Dios, que le ofende gravemente y pone en grave riesgo de condenación a muchas

personas. Se ha perdido el amor hacia la pureza y la practica de la castidad. Y lo peor de todo es que se desconoce prácticamente todo lo que Dios nos enseña sobre el uso correcto de la sexualidad. Para conocer en profundidad este asunto quizás al lector le pueda venir bien leer la serie de los Cuadernos de formación dedicada a este tema titulada “Sexualidad y afectividad”.

Nota 15: La niña fue amortajada tal y como ella había pedido: traje blanco ceñido por un cordón azul.

Nota 16: Estos hechos, unidos a que la niña había anunciado con exactitud el día de su muerte, corrieron de boca en boca. La señora Cecilia Queiroz, en una carta de pésame a Lucia, escribió textualmente: “¡Qué muerte tan linda, diciendo ella al médico el día en que moriría y la hora! En Lisboa no se habla de otra cosa”.

Nota 17: Este benefactor era el barón de Alvaizere (convertido a la fe tras presenciar el milagro del sol, como vimos en el primer cuaderno). El tiempo que el cadáver de Jacinta estuvo en su casa fue un tiempo de gracia para su familia: desapareció la tuberculosis (que había ya matado a cuatro miembros de la casa) y se recuperaron de un descalabro económico que habían sufrido.

Nota 18: Es conocido que el cuerpo de algunos santos, tras morir, ha permanecido incorrupto. Se considera un signo de la futura resurrección de nuestros cuerpos al final de los tiempos. Uno de los últimos casos más llamativos fue el de San Pío de Pietrelcina, muerto en 1968. Al ser exhumado su cadáver en el año 2008 pudo verse que estaba perfectamente incorrupto, como si se acabara de morir. Pueden buscarse las imágenes por Internet.

Nota 19: De hecho Lucia, desde que sintió la vocación religiosa, quiso ser carmelita (quizás por la visión de la Virgen del Carmen el día 13 de Octubre). Entró en las Doroteas porque, en aquel entonces, las carmelitas habían sido suprimidas de Portugal. Pero cuando volvieron pidió los permisos oportunos y pudo ingresar en la orden.

(Para más información entrar en www.consagrationalavirgen.com)



Los tres pastorcillos con algunas personas
justo en el lugar de las apariciones
(marcado por un pequeño arco hecho con palos)



Basilica construida en Fátima (donde están enterrados los cuerpos de los videntes)

Capilla de las apariciones (a la izquierda de la basílica). Esta levantada justo en
el lugar donde se encontraba la carrasca donde se aparecía la Virgen.



Sor Lucia (primero como religiosa dorotea y luego como religiosa carmelita)

